

madurez, saber asimilado; saber culto, y que, pese a su amplio y generoso alero, no caben en él la liviandad de espíritu, ni la superficialidad improvisadora; sin embargo, lo fundamental es la ausencia de orientaciones, de figuras ejemplares, inspiradoras, como la de don Enrique Molina.

En la narración, que pone feliz término a tan afortunada empresa, encontramos nombres muy familiares: Marta Brunet, Hernán Jaramillo, Leoncio Guerrero, Luis Merino Reyes y otros, componen un todo de grata lectura, propio de narradores con oficio. Gustamos especialmente del cuento de Marta Brunet: "Doña Santitos", personaje entregado en un magnífico primer párrafo.

Lo más débil en los relatos es el de Hernán Poblete Varas, se quedó indeciso con un buen material que no acertó a elaborar.

El PEN CLUB DE CHILE ha dado una lección, que esperamos positiva, a otras instituciones similares, pues las organizaciones de escritores deben tener vida como tales, estar en contacto con el grupo social, con el cual tienen ineludibles compromisos. "El hombre de letras no puede abstraerse del rumor que agita a la conciencia colectiva, ni menos aislarse dentro de un esteticismo deshumanizado".

Mario Reñero S. M.

<https://doi.org/10.29393/At394-151PARS10151>

La Poésie d'Andrés Bello, de RENÉ L. F. DURAND.

Université de Dakar. Faculté des Lettres et
Sciences Humaines. Dakar, 1960

Buena porción de las composiciones poéticas, así sean originales o traducidas, que debemos a don Andrés Bello, no fueron publicadas en vida de éste sino que fueron recogidas, a título póstumo, en el primer volumen de la serie de *Obras Completas*, que en homenaje a su memoria se emprendió en Chile, según ley de 1872. Esta forma de publicación ha perjudicado la noción que del autor se tiene en cuanto poeta. Obvio es que las *Silvas americanas*, expresión genérica que comprende dos poemas compuestos y publicados en Londres, con un total de más de mil doscientos versos, hayan sido las más comentadas. En ellas se expresen hasta sus últimas gotas los jugos de la erudición clásica que Bello había almacenado en Londres, y se hace un lucido calco de Virgilio y de otros escritores clásicos y modernos. Menéndez y Pelayo y Caro, a porfía, celebraron estas composiciones, si bien el primero, más equilibrado en todo, alguna atención concedió a las obras producidas por Bello en la parte final de su labor.

Tiene, pues, no poco de razón René L. F. Durand cuando en su estudio *La poésie d'Andrés Bello* (Université de Dakar, 1960), afirma que ella no ha sido hasta hoy objeto de un examen de conjunto. Pero mejor veamos sus propias palabras:

Mais nous avons pensé que, dans l'oeuvre d'Andrés Bello, les poésies, dispersées ou inédites de son vivant, méritaient d'occuper une place de

choix; et que leur étude d'ensemble, jamais jusqu'ici entreprise, valait la peine d'un examen sérieux et attentif: d'où notre présent essai (p. 163).

Escribe el autor estas palabras, tan comprometedoras, cuando ha llegado al fin de su estudio, y precisamente cuando quiere exponer las conclusiones a que dentro de éste ha creído alcanzar. Y entonces cabe preguntarse: ¿Se ha cumplido aquella ambición? El estudio de conjunto que se podía echar de menos sobre la obra poética de Bello, ¿queda ya afinado al nombre del señor Durand? Es lo que veremos en seguida.

Divide el señor Durand su trabajo en la siguiente forma: *Introducción*; Primera parte, llamada *El período venezolano* (1781-1810); Segunda parte, *El período inglés* (1810-1829), y Tercera parte, *El período chileno* (1829-1865). Es la división tradicional, y en cierto modo podríamos llamarla inclusive forzosa: la vida de Bello, así sea para la poesía como en otras cosas de las muchas que hizo, se dividió en esa forma, y nadie podría escapar al determinismo que ella traza. El determinismo consiste en establecer que Bello salió de Venezuela a los 29 años de edad, y que como ellos eran los primeros de su vida, algunos fueron consumidos en juegos infantiles y no cuentan en la producción literaria. Para el verso, desde luego, cuenta poco, si bien el autor produjo su poema *A la victoria de Bailén*, que le agradaba mucho, y su composición sobre el envío de la vacuna al continente americano, donde ni el tema daba para encenderse en raptos de fogosa inspiración, ni el ánimo le acompañó en el desarrollo mismo de la oda para levantarla del nivel algo prosaico en que hubo de quedarse. El determinismo indica, en seguida, la velocísima asimilación de conocimientos superiores que llevó a cabo Bello cuando estaba en Londres, conocimientos con los cuales se armó de una erudición afinada y trabada después en Chile con nuevas nociones, sin que por esto se perdiera la orientación que el erudito le había dado en sus días londinenses. El determinismo cronológico de la existencia de Bello señala, finalmente, cómo llegó a Chile en 1829 y permaneció allí hasta su muerte, ocurrida en 1865, es decir, durante treinta y seis años, a los cuales no debemos ya descontar, para los efectos de avaluar el ritmo de la producción, ni uno solo, como ocurre, en tanto, con el período caraqueño, que corre de 1781 a 1810.

Dicho de otro modo, esto significa que la más elevada producción de Bello, en todos los campos de su actividad, se logra en Chile, y que esta producción se aglomera en ciertos períodos y se adelgaza en otros, pero sigue su curso con la calma de un gran río que, aprovechando el desnivel de la tierra, echa mansamente sus aguas en el mar. Y significa, además, que como la experiencia psicológica del ser humano es acumulativa, en esta producción de la madurez y de las postrimerías es donde habremos de buscar, de preferencia, lecciones sobre la vida íntima de Bello, si nos interesa de verdad ella y no otra cosa. Y decimos que debe buscarse "de preferencia", porque la crítica literaria no podría razonablemente dejar olvidada porción alguna de la obra de un autor, por minúscula que ella sea, desde el instante que descubra en el verso una imagen feliz, en la estrofa una confesión interesante, en

cualquier parte algo que revele la intimidad del hombre y el funcionamiento de su espíritu. La mayor importancia relativa que atribuimos al período chileno de la producción de Bello procede, pues, de aquella ley sobre la acumulación de experiencias a que nos hemos referido, y de que en Chile fue exigido por las circunstancias para rendir lo mejor de lo que atesoraba su espíritu. Antes de venir a Chile no había fundado ninguna universidad y no se le había presentado, por tanto, la ocasión de pronunciarse acerca de lo que en su juicio debía ser ella en lo futuro. En Chile tuvo que hacerlo, y su discurso inaugural es una pieza maestra de estilo, en que el decoro literario se eleva hasta lo sublime. Y así, por donde examinemos al problema, llegamos a la misma conclusión: Bello, que había iniciado su ilustración en Venezuela, la prosiguió en Londres, y tuvo, en los diecinueve años de su estancia en la capital británica, ocasión de transformarla de mera ilustración, que puede ser periférica, en erudición, por lo menos en aquellos puntos a que su espíritu se inclinaba con amor especial. Cuando llegó a Chile, a los cuarenta y ocho años de edad, estaba plenamente maduro para entregarse a una tarea de responsabilidad mayor: convertir la materia prima del conocimiento erudito en libros.

En la parte correspondiente al período chileno (1829-65), el autor, como era previsible, se detiene algo más y hace subdivisiones, a saber: *El incendio de la Compañía (canto elegiaco)*, *El debate literario de 1842: posición de Andrés Bello*, *Las traducciones de los poemas de Víctor Hugo*, *La fantasía de Andrés Bello*, y *Andrés Bello íntimo*. En este último apartado, que resume no pocas de las nociones prodigadas en los anteriores, el autor es para nuestro gusto demasiado escueto, si bien logra el acierto al señalar la inclinación pacifista de Bello, su amor a la vida campestre, platónico, si se quiere, ya que vivió siempre en las ciudades, pero que acude con frecuencia a su pluma, como tema recurrente de poesía (p. 150); la nostalgia de la patria, el caluroso sentimiento paternal, a menudo excitado hasta la angustia por la pérdida de varios hijos en plena mocedad (p. 152), y, finalmente, "la mélancolie de la vieillesse, le pressentiment de la mort" (p. 153). Todo esto, en suma, acredita que el señor Durand ha dominado sistemáticamente los sitios culminantes y aun los escollos que le ofrecía su tarea, a fin de presentar al lector un cuadro coherente y armónico, donde una oportuna erudición acude a sostener sus puntos de vista. Y donde la erudición falla, no es imputable la falta al señor Durand. Tal ocurre, por ejemplo, con el apartado relativo al que él llama "debate literario de 1842", y que nosotros en Chile denominamos Movimiento Literario de 1842. Esta vez, la falta, insistimos, es de los propios chilenos, que no nos hemos aplicado en serio a despejar las sombras que persisten de aquellas jornadas. Nuestra erudición, desde luego, no logra descubrir hasta hoy la paternidad de algunas de las piezas de aquellas controversias, con lo cual se ha abierto paso a la supuesta intervención personal de Bello en el debate, cosa que a mí, personalmente, me parece de todo punto improbable; y se ha dicho que fue Pedro Fernández Garfias el autor de los *Ejercicios populares de lengua castellana* (p. 92) que dieron base a la polémica literaria desarrollada, principalmente, en *El Mer-*

curio de Valparaíso y en el *Semanario de Santiago*. Esta última atribución es sobre todo peregrina y debe ser cuanto antes rebatida; pero, repetimos, es a nosotros los chilenos a quienes nos toca investigar, averiguar y precisar, tarea que hasta hoy no hemos cumplido. Lo que en esta parte del estudio del señor Durand pudiera aparecer erróneo, no lo es, pues, por su culpa sino por la de otros.

A todo esto, se dirá, la atención del comentarista se ha ido alejando de la poesía, que es el tema del estudio del señor Durand. Volvamos, pues, a ella. La poesía es en Bello una vocación paralela a las demás. Así como fue educador, periodista, legislador, etc., así también fue poeta o, si se prefiere, autor de versos. En su tiempo había mayor libertad que en los de hoy para el uso de la forma métrica, y el título de poeta, que ganaba con relativa facilidad quien pudiera rimar, era título codiciado con empeño y aun disputado en torneos y certámenes. Más todavía: los versos se leían en voz alta, se confiaban a la memoria, se aprendían en las clases, y sobre ellos se organizaban fiestas y competencias encaminadas a darles todavía mayor imperio sobre la sensibilidad del pueblo. O la torre de marfil no había sido descubierta, o no se cometía la ingenuidad de hablar mucho de ella: el hecho es que el poeta aspiraba a rodearse de público, y para eso echaba mano de los recursos más variados. Bello, por ejemplo, como señala el señor Durand a lo largo de su estudio, afrontó la traducción de diversos autores, y escogió a éstos, entre los que el gusto de sus días mostraba como los más felices intérpretes de la sensibilidad común: Delille primero (p. 39 y *passim*) y Víctor Hugo en seguida (p. 112 y *passim*), con lo cual, además, marcó de modo indeleble los dos más importantes períodos de su existencia. Delille fue traducido en Londres y, acaso, en los primeros años de vida en Chile; pero Víctor Hugo pertenece de lleno a este último período, el de la madurez.

Una de las más felices intuiciones del libro del señor Durand es aquella por la cual se vincula la poesía de Bello a la edad de su autor: los versos sentidos y melancólicos, los versos que dicen algo del panorama de fondo que Bello había ido atesorando con su experiencia, se escriben en Chile, así sean en forma de traducción o imitación (como Bello prefería decir), así en composiciones de estro propio. Oigamos una vibrante prueba:

*Soy como el caminante fatigado
que va cruzando con medrosa planta
el bosque, verde ayer, hoy deshojado,
cuando el lucero su fanal suspende
entre nublados y la noche tiende
su negro manto. ¡Qué de penas graves
mi corazón aquejan,
qué de pérdidas lloro, tú lo sabes,
y la huella profunda ves que dejan
el dolor y los años juntamente
en mi marchita frente!*

Debe recordarse, aun cuando sea sabido de todos, que Bello tuvo muchos hijos en dos matrimonios contraídos en Londres, pero también murieron jóvenes, atendidos por él mismo, no sólo algunos de esos vástagos, sino también los más brillantes, los que mejor habían cimentado ya en obras su talento. Las pérdidas mentadas son, pues, las de esos hijos a quienes hubo de enterrar, entre quienes debe citarse, por lo gentil de su recuerdo, la linda chica Lola evocada en *La oración por todos*:

*Arrodilla, arrodíllate en la tierra
donde segada en flor yace mi Lola,
coronada de angélica aureola . . .*

Se dirá que estas notas íntimas, de duelo angustioso, son las menos abundantes en la obra poética de Bello, y que aun deben acreditársele sólo en parte, puesto que por lo menos en el segundo caso comparecen en una obra traducida y no original. Perfecto; pero debe aceptarse también que cada uno hace de sus dotes literarias el uso que le parece atinado, aun cuando no sea el más compatible con sus potencias, que es precisamente lo que acontece con Bello. No sé cuántos años gastaría en traducir el *Orlando enamorado*, de Berni, pero siempre parecerán muchos para lo que nos habría gustado recibir de él, esto es, un manojito de confesiones íntimas, ya que es la poesía de pecho adentro, la subjetiva, la que más nos interesa en cuanto revela el alma de un hombre. Ni nos atrevemos a juntar las manos en el aplauso cuando leemos las *Silvas americanas*, donde todo respira erudición pasmosa, seguro gusto, estilo encumbrado y demás virtudes que les han predicado sus innúmeros admiradores, pero donde aparece además el escenario insumido en una atmósfera sepulcral, de museo subterráneo, con personajes de facciones talladas en cera, que desfilan a paso lento, en una pompa tan grave como monótona. Pero una cosa es lo que el autor hizo y otra lo que el crítico habría querido o preferido que hiciera. Debemos considerar sólo una y olvidar la otra.

Me parece especialmente afortunado el señor Durand cuando otorga carácter de *manifiesto literario* a las *Silvas americanas* (p. 56), encaminadas por tanto a promulgar la independencia espiritual y literaria de las naciones del Nuevo Mundo, después que éstas habían afirmado la independencia política. Tal como era de prever, son particularmente felices las observaciones que hace a las traducciones e imitaciones de Bello que versan sobre textos franceses, en concreto, Delille y Víctor Hugo. Es verdad que entre ambos autores existe una diferencia tal de calidad intrínseca, que llega a temerse que Bello sufriera un paralogismo al ocuparse en seres de tan distinta catadura; pero hay motivos históricos que explican la posición de Bello, y a éstos hace referencia el señor Durand, en varias partes de su estudio, en términos muy plausibles. Delille fue, en su tiempo, muy apreciado, y forma parte de una vigorosa escuela de escritores a quienes se les ocurrió poner en verso las nociones científicas de la época, para sacar la ciencia de los laboratorios y llevarla hasta la mesa de los humildes. Por lo demás, Delille trató

científicamente de la luz en el poema así llamado, pero también dedicó atención de esteta a los jardines para citar sólo las dos piezas que con su nombre figuran en el repertorio de las traducciones de Bello. En este último caso, en el tema de los jardines, Bello manifestó inclinación personal que ha conservado la tradición oral de la sociedad santiaguina. Le gustaba recorrer los ariates del parque de Peñalolén, en compañía de sus amigos, los Egaña, los propietarios de esa finca, o solo, y los apreciaba no sólo por el aroma y el color de las flores, sino también con ayuda de sus conocimientos botánicos, que eran muy amplios. La traducción de Delille se explica, pues, sin esfuerzo.

Obvio es decir que la caracterización de Víctor Hugo será muy diferente. Es uno de los más grandes líricos del mundo, y su obra caudalosa, vasta, pletórica de motivos, prolongada a lo largo de muchos lustros, no hace asco a ningún tema, desde la vida del hogar y la confesión erótica, hasta los grandes sucesos cívicos y políticos en que el poeta solía mostrarse colérico y vengativo como Juvenal. La publicación regular de sus libros, que cubren buena parte del siglo XIX, debía producir enorme impresión en los medios cultos del mundo al cual había alcanzado la gracia de la lengua francesa. Es satisfactorio notar que en Chile la produjo también, y que a ejemplo de Bello y por consejo de éste, Víctor Hugo no sólo fue muy leído sino también imitado y traducido por varios poetas chilenos. Debe recordarse, al paso, que Bello recomendaba a sus alumnos la traducción como ejercicio saludable para el manejo de la lengua y para el conocimiento íntimo de la métrica, si la pieza que se traducía era del verso. Pero no cabe duda acerca de que formaba parte de estos consejos la recomendación de respetar nimiamente el original, ya que de otra suerte no es versión lo que se logra sino imitación y, a veces, mera paráfrasis. Él, por lo demás, no se atuvo servilmente al original sino que lo transformó, de suerte que las suyas son imitaciones, como él mismo las llamaba, o adaptaciones, como se diría hoy. Es muy feliz, a este propósito, el análisis que intenta el señor Durand (pp. 124-5) de los arreglos a que hubo de acudir Bello para podar en algo la extensión desmedida de *La oración por todos*, suprimiendo, desde luego, los cantos finales, en que el poeta francés se había expandido, llevado de la facilidad para escribir. Bello, pues, redujo la extensión global, pero también introdujo seres nuevos en las enumeraciones de la poesía, "suivant une tendance à l'équilibre, à la logique, en constructions symétriques, parallèles, tandis que son modèle se laissait porter par une inspiration quelque peu desordonnée" (p. 125). Y de este análisis resulta que Bello "surpasse vraiment son modèle".

Pero ¿es posible decir esto? Una traducción no puede ser jamás superior a la composición original de que procede, en el plano de las esencias poéticas, por motivos que son obvios y que no cabe ya repetir. Se nos ocurre que el señor Durand ha querido expresar, en esta parte, que la eficacia artística lograda por Bello, al reducir y sintetizar el texto algo difuso de Víctor Hugo, consigue sobre el lector de hoy efectos psicológicos tan agudos, tan certeros, que podrían ser juzgados con ventaja sobre los que haya de lograr la composición original leída en su propia lengua por lectores franceses. Pero, así y

todo, jamás podremos olvidar que Víctor Hugo creó en estado de trance lírico, y que Bello, en tanto, procedió fríamente, por selección, convencido como estaba de que su modelo era un gran poeta y de que, en consecuencia, era ventajoso traducirlo para llevar sus creaciones al alcance de quienes no pudiesen gustarlas en francés. Al poeta, dominado por la inspiración, le podemos perdonar tales y cuales descuidos de fragua o de lima; al traductor, en cambio, no podemos perdonarle ninguno, precisamente por lo mucho que tiene de frío y de voluntario su empresa.

Comparando algunas traducciones menores de Víctor Hugo, ejecutadas por Bello, con los originales respectivos, obtiene igualmente el señor Durand muy felices resultados. Véanse, por ejemplo, las pp. 114-15, de su estudio, para seguir el tema del *realismo poético* de Bello, que le llevaba a transportar la escena diseñada por el poeta francés a la realidad americana ambiente, a fin de que el lector pudiese captar en el acto la intención de lo leído. Tan lejos llegó Bello en esta materia, que en la versión de *Los duendes* habla el señor Durand de "l'introduction du paysage américain qui vient transformer ainsi profondément le décor original" (p. 115).

Después de tantas desmadejadas observaciones, ¿cuál es el juicio de conjunto que pudiéramos emitir acerca del libro del señor Durand? Es una excelente obra de erudición, en la cual se avanza grandemente hacia la comprensión de la poesía de Bello, considerada aquí no como una sucesión de esfuerzos esporádicos, sino como actividad constante, que se manifestó en el escritor a lo largo de toda su carrera, si bien por la resistencia a publicar su poesía, pudo alguna vez suponerse que el cultivo de las formas métricas había sido por Bello olvidado o postergado. Es posible que en los últimos años de su existencia (desde 1850, por ejemplo), este quehacer poético haya sido menos intenso que en los anteriores; pero ello nada prueba en contra de la vocación del maestro hacia la poesía, ya demostrada hasta esa fecha con abundancia de oblaciones. En el cuadro que traza el señor Durand está muy bien insertado Bello dentro de la realidad chilena, y es satisfactorio cuanto el autor dice sobre la veneración que en Chile ha existido y existe para su obra colosal de poeta, de legislador y de erudito. Lo que no está dicho allí, porque no era tal vez pertinente decirlo, es que en Chile no se conserva para Bello título alguno que pudiera servir para enajenarle la calidad de chileno. El haberse dedicado con atención exclusiva a labores tan eminentes como la rectoría de la Universidad de Chile y la redacción del Código Civil de Chile, es una parte de aquella espontánea asimilación. Otra es que sus hijos se hayan sentido chilenos y, ramificados en varias estirpes, todavía estén presentes en la vida cultural de la nación, en escritores tan apreciables como Joaquín Edwards Bello. Consta, por lo demás, que Bello dejó el escalafón diplomático de su patria, fue acogido en el de Chile y desde entonces hasta su fallecimiento no dejó de prestar, en una forma o en otra, servicios a la nación chilena. Todo esto forma un conjunto de hechos y de circunstancias que el vulgo, naturalmente, no escarmena ni examina y que le sirven para entender que Bello fue chileno, si bien por el azar de su nacimiento hubiese de ver la primera luz en otro suelo.

Con el objeto de ayudar al autor en una nueva edición de su obra, ahí van algunas correcciones que nos atrevemos a sugerirle, en la inteligencia de que ninguna de ellas modifica su estilo ni mucho menos su intención.

Página 23. Es erróneo datar *El cóndor y el poeta* en 186, y más aún decir que fue "écrite probablement en 1849", ya que en forma aseverativa puede datarse en 1849. El señor Durand lo acepta así en la nota de la p. 137, de modo que inclusive hay a la vista contradicción entre ambos sitios.

P. 35, nota. En la comparación en columnas paralelas de las ediciones de 1826 y de 1952 del *Himno a Colombia*, se han perdido algunas líneas, con lo que el texto queda ininteligible.

P. 36. En el verso sexto debe leerse "virtud, humanidad, naturaleza", para respetar el ritmo.

P. 44. El último verso que se cita en esta página debe ser rectificado para que en él se lea "jabalí".

P. 45. Otra corrección en los versos:

*Un raudal, un torrente, un mar de espuma
se arroja, y vastamente se derrama
por la fragosa sierra a quien abruma
y que al azote de las aguas brama...*

Donde "se derrumba" en el segundo verso es imposible.

P. 80. Otro verso que debe ser corregido: "humo en espiras vagarosas huya", en lugar de vagorosas que leemos en el texto.

P. 87. Explica el autor las circunstancias en que Bello escribió su poema *Al ejército restaurador del Perú*, con ocasión de la victoria de Yungay, obtenida, como bien dice, en 1839, y en nota agrega: "Il nous faut voir là un simple désir d'être agréable à Diego Portales, chef de l'État chilien, qui avait mené la guerre contre la confédération péruvienne-bolivienne..." Portales no fue jamás jefe del Estado si por esa expresión se designa al Presidente de la República, sino ministro; y si bien es verdad que había preparado la guerra, no vio su culminación en Yungay ni su desenlace, pues había sido asesinado en junio de 1837.

P. 121. Importa grandemente a la inteligencia de la cita leer en el tercer verso "y en la aleve mordedura", ya que leve, como allí se lee, es un concepto distinto.

P. 141. El país que gobernó Marcó del Pont, mencionado en la nota de esta página, fue Chile y no el Perú, como se desprende del contexto.

RAÚL SILVA CASTRO,
Universidad de California, Berkeley.

Ruiseñores y obstáculos

Hemos elegido este título para hablar de *Los Obstáculos*, de Armando Uribe Arce (Adonais, Madrid, 1961), por desenmascarar la intención oculta del